



POLÍTICA

Los pueblos del Brexit



JULIA TENA

Mike, de 71 años, lleva toda la vida en Stoke on Trent, una pequeña ciudad industrial en el norte de Inglaterra. “Cuando era

niño, todas las tardes a las cinco en punto veía salir a miles de trabajadores de las fábricas”, recuerda. “Stoke tenía las mejores fábricas de Inglaterra. De cerámica, carbón, neumáticos...” La cara se le ensombrece. “Hace mucho que eso ha desaparecido. Empezaron

a fabricarlo todo más barato en Asia y en el este de Europa.”

Mike es responsable de seguridad de la iglesia de Stoke y también se encarga de las visitas guiadas, si algún turista lo pide. Es un martes lluvioso y no hay prácticamente nadie en la iglesia, por lo que está encantado de explicar por qué —al igual que el 69% de los habitantes de su ciudad— el pasado 23 de junio votó a favor de abandonar la Unión Europea.

“La campaña a favor de la permanencia nos dijo que si votábamos por irnos perderíamos puestos de trabajo, pero llevamos cuarenta años en la Unión Europea y hemos perdido miles. La UE no ha ayudado a Stoke en lo más mínimo”, afirma convencido.

En realidad, Stoke recibe una importante financiación por parte de la Unión Europea: a la zona se le han asignado más de 157 millones de libras para proyectos sociales y de regeneración a través de los Fondos Estructurales y de Inversión para el período 2014-2020. Sin embargo, Mike insiste que la ciudad no necesita a la UE. “¡Tenemos la

Commonwealth! Tal vez ahora vuelvan las fábricas”, dice esperanzado.

La del responsable de seguridad de la iglesia de Stoke es solo una de las muchas voces que en el referéndum del Brexit se alzaron en contra de un futuro, que según ellos no les incluye. Según un estudio realizado por el think tank The Joseph Rowntree Foundation, el voto a favor de abandonar la UE predominó no solo entre las personas con menos recursos, sino particularmente en las zonas que en las últimas décadas se han quedado atrás debido a los rápidos cambios económicos. Muchas de estas zonas son las antiguas ciudades y pueblos industriales del norte de Inglaterra.

El Institute for Public Policy Research (IPPR) North, especializado en el norte del país, también sostiene que el Brexit fue un “grito desesperado” por parte de las regiones más olvidadas de Inglaterra. “Creemos que Brexit es el resultado de la indignación ante los grandes desequilibrios de riqueza y poder de este país”, afirma el director de la organización.



Stoke on Trent, Oldham y Blackpool son tres localidades del norte de Inglaterra que combinan este próspero pasado industrial con un declive marcado desde entonces. Además de ser tres de las áreas con mayor precariedad de Inglaterra, también son tres de las poblaciones donde el Brexit obtuvo un mayor apoyo: 67,5% en el caso de Blackpool, 69% en Stoke on Trent y 61% en Oldham. Son, en palabras de sus propios habitantes, la Inglaterra que se ha quedado atrás.

BLACKPOOL

Blackpool es un pueblo en el noroeste de Inglaterra, más o menos a una hora de Liverpool. En las décadas de los años cincuenta y sesenta esta pequeña localidad costera era un popular sitio de veraneo, donde miles de trabajadores aprovechaban los días de fiesta para visitar las ferias y atracciones con sus familias. En los años ochenta, la desindustrialización y la creciente accesibilidad de ciudades como Manchester, Londres o París comenzaron a minar la po-

pularidad de Blackpool. A la pérdida de trabajos de las últimas décadas se suman también los ajustes de gasto público del gobierno: desde 2011, este pueblo costero ha padecido recortes presupuestarios por importe de cuatrocientos millones de libras.

Hoy en día, Blackpool está considerada una de las regiones más pobres y con mayores problemas de salud de Inglaterra. El alcoholismo y la muertes por abusos de droga son equiparables a los de las peores zonas de Londres y Glasgow, y el año pasado el servicio nacional de salud (NHS) anunció que esta localidad es el pueblo que más antidepresivos consume de toda Inglaterra.

Las atracciones están todavía en Blackpool, aunque algunas están cerradas y a muchas otras les haría falta una capa de pintura. En 2010, Blackpool recibió alrededor de catorce millones de libras de financiación de la Unión Europea para renovar sus atracciones turísticas. Sin embargo, esta ayuda no ha sido suficiente para que sus habitantes quieran permanecer en la UE.

Barney y Tom, dos chicos de veintipocos años que trabajan en la tienda Virgin del centro comercial de Blackpool, tienen claro que la culpa de que el pueblo haya votado a favor del Brexit la tienen los “working class”; es decir, la clase trabajadora. “No leyeron nada ni pensaron en el efecto que el Brexit podía tener en la economía, simplemente no quieren más inmigrantes”, dice Tom. “Muchas de las personas de clase baja son muy racistas y no quieren trabajar. ¿Has visto el programa de Benefits Britain?”

Tom se refiere a un popular programa de la televisión británica que se dedica a recorrer distintos pueblos y ciudades de Inglaterra para mostrar la vida de las personas que viven de las prestaciones sociales del Gobierno. Blackpool salió en este programa en 2014.

Lisa, una mujer de unos 35 años que trabaja en una de las salas de juego más populares de la zona, sostiene que la razón por la que los habitantes de Blackpool votaron a favor del Brexit fue

la inmigración. Sin embargo, y según el último censo, los inmigrantes representan solo el 6% de la población. Para Lisa la inmigración es solo una excusa.

“Aquí hay mucha gente que no quiere trabajar, y se queja de que los inmigrantes se llevan todos los trabajos”, afirma. “Yo les veo todos los días aquí jugando a las máquinas tragaperras, y también en mi barrio. Estoy segura de que yo soy la única de mis vecinos que va a trabajar. Cuando sale el sol sacan el sofá a la calle y se sientan delante de sus casas a beber cerveza”.

Sin embargo, Glenn, un desempleado de cuarenta y muchos años que juega a las máquinas tragaperras a pocos metros de Lisa, no menciona la inmigración a la hora de explicar por qué apoya el Brexit. “Hay mucho desempleo en Blackpool, y lo último que nos faltaba es mandar billones de libras a la Unión Europea”. Glenn no sabía que Blackpool también recibe financiación de la UE, pero afirma que eso no le hace cambiar de opinión.

La que sí menciona la inmigración es Emily, una chica de veintidós años que trabaja como oficinista en una de las fábricas a las afueras del pueblo. “No hay suficientes trabajos para la gente de Blackpool. ¿Por qué queríamos dar los pocos trabajos que tenemos a las personas que ni siquiera vienen de nuestro país? Los europeos quieren venir a Reino Unido a quedarse con nuestros trabajos”, dice. Para Emily, Blackpool se ha quedado tan atrás que hasta sus propios habitantes sienten vergüenza de vivir ahí. “Todo el mundo se avergüenza de Blackpool”, concluye.

OLDHAM

A las afueras de Oldham, todavía es posible ver las antiguas fábricas de algodón que una vez simbolizaron el poder industrial del norte de Inglaterra. En 1960, más de trescientas fábricas coronaban este pequeño pueblo a las afueras de Manchester. Cuando el resto del mundo comenzó a producir algodón de forma más barata, las fábricas empezaron a cerrar. Ahora estos edificios, la mayo-

ría derruidos, reflejan una realidad muy distinta: en 2016, un informe sobre pobreza y vivienda señaló Oldham como el pueblo con mayor miseria de toda Inglaterra. Poco después, el 61% de sus habitantes votaba a favor de salir de la UE.

Oldham también es tristemente célebre por otra razón. En 2001, esta localidad, que tiene un 10% de población paquistaní, fue el escenario de uno de los peores enfrentamientos raciales de la historia británica. Aunque el nivel de inmigración de Oldham sigue siendo menor que la media nacional, este pueblo a las afueras de Manchester ha experimentado un incremento importante entre 2001 y 2011: según un informe publicado en 2011, la población no blanca de Oldham subió de un 13,9% en 2001 a un 22,5% en 2011. El informe atribuye este aumento principalmente a la inmigración.

Los habitantes de Oldham han notado este cambio. Tom y Daniel, de 27 y 65 años respectivamente, aseguran que los paquistaníes se llevan todos los trabajos. A pesar de la diferencia de edad, los dos hombres se han hecho amigos a raíz de su condición de desempleados. Es miércoles por la tarde y ocupan su tiempo bebiendo cerveza en un banco delante de un supermercado.

Daniel cuenta que es un veterano de la guerra de las Malvinas, pero que desde que se retiró del ejército no ha podido encontrar trabajo. “Luché por mi país, y ahora duermo en este banco”, explica señalando el sitio donde duerme. “Todas las noches voy al garaje del supermercado donde guardo mi saco y me tiro aquí, en mitad de la calle. No me parece justo. Serví a mi país, mi abuelo fue un héroe de guerra. Pero aquí no hay trabajo, ni ayuda por parte del Gobierno. Lo que hay son demasiados inmigrantes.”

Daniel añade que su situación no es excepcional. “La mitad de las personas con las que serví en el ejército están pidiendo limosna en las calles de Manchester”, asegura. Tanto Daniel como Tom echan la culpa de la falta de trabajos en Oldham a la UE.

No son los únicos. Ahmed y Habib, dos jóvenes de entre veinte y treinta años, son dependientes de un puesto de comida árabe. Ambos son británicos de origen paquistaní, y aseguran que la comunidad asiática en Oldham también votó predominantemente a favor del Brexit. “Yo no, porque no creo que vaya a ser bueno para la economía”, se apresura a decir Ahmed. “Pero conozco a mucha gente que sí. No quieren que vengan más personas porque aquí no hay mucho trabajo.”

Habib explica que muchos de los europeos del este que vienen a Oldham no hablan inglés, y asegura que las barreras son tanto lingüísticas como culturales. Ahmed añade que, mientras que los paquistaníes trabajan como dependientes o taxistas, muchos de los europeos del este no trabajan. “Quieren venir a este país, pero no contribuyen”, afirma.

Riaz Ahmad, concejal laborista de Oldham, llegó de Pakistán en 1974 a los veintidós años. Es concejal desde hace casi veinticinco años, y asegura que no le sorprendió el resultado del referéndum, ni tampoco que fuese tan distinto al de la vecina ciudad de Manchester, en el que 60% de la población votó por la permanencia. “Oldham se ha quedado atrás. Desde los años ochenta y noventa, Oldham sufre un gran nivel de desempleo y de falta de oportunidades. En este país tenemos una desigualdad tremenda, algunas zonas son increíblemente prósperas y otras no”, explica.

“En Manchester puedes ver rascacielos, las fábricas han sido remodeladas y reutilizadas. Hay financiación y oportunidades. ¿Y Oldham? A Oldham le han dado las sobras. Al final todo se remonta a la desigualdad”, dice el concejal laborista. “Y luego la gente se sorprende de que hayan votado por el Brexit.”

STOKE ON TRENT

Stoke está situada entre los Midlands y el norte de Inglaterra. En los años sesenta la industria cerámica de esta localidad industrial era tan célebre que la ciudad era conocida por su apo-

do, The Potteries (Las cerámicas). Hoy en día, la mayoría de las fábricas han dejado de existir y los trabajadores de Stoke se encuentran entre los peor pagados de Reino Unido: mientras que el sueldo medio en Reino Unido es de unas 509 libras semanales, en Stoke es de 428 libras.

El 23 de junio, casi un 70% de los habitantes de Stoke votaron a favor de abandonar la UE, por lo que ahora a la ciudad se la conoce por su nuevo apodo: “la capital del Brexit”. Otra señal del descontento de la ciudad se desprende de las elecciones parciales que tuvieron lugar a comienzos de este año: a pesar de que Stoke es un bastión laborista desde hace más de sesenta años, el partido eurófobo UKIP estuvo a muy poco de ganar los comicios.

Adrian Ghigeanu, un inmigrante rumano que trabaja en una de las fábricas de Stoke, ha vivido de primera mano este descontento. “En mi fábrica la mayoría de los trabajadores somos inmigrantes”, explica. “Algunos de los británicos con los que trabajo lo llevan muy mal. La gente de Stoke dice que les estamos quitando el puesto, ¡pero luego ellos no quieren estos trabajos! Los británicos quieren que les paguen quince libras la hora”, asegura.

Ginny Newman, una enfermera de 55 años que lleva toda la vida en Stoke on Trent, afirma que la ciudad vio desaparecer la mayor parte de su industria como consecuencia de las políticas de Margaret Thatcher. “Desde entonces esta zona ha sido completamente ignorada por todos nuestros gobiernos”, explica.

Al igual que Mike, el responsable de seguridad de la iglesia de Stoke, Ginny también se acuerda de la época dorada de las fábricas. “Soy hija de un minero y me crié en una comunidad de mineros. Vivíamos y trabajábamos codo con codo con lituanos, polacos e italianos, los europeos que vinieron aquí tras la Segunda Guerra Mundial para trabajar en las fábricas”, explica. “Nunca tuvimos problemas de integración, nos llevábamos muy bien entre nosotros”.

“El problema no es la inmigración, es la falta de oportunidades y la falta de información. Muchas personas no saben todo lo que ha hecho la Unión Europea por Stoke. La UE nos ha dado mucho dinero para proyectos sociales y de regeneración, pero la mayoría de la gente en Stoke no tiene ni idea”, añade.

Mike no parece muy preocupado por lo que el Brexit significará para lo que queda de la industria cerámica en Stoke, a pesar de que gran parte de estos productos se venden en la Unión Europea. “Los europeos seguirán queriendo nuestra cerámica”, dice convencido. “Solo queremos volver a ser una nación independiente y volver a los días de gloria. Siempre hemos tenido gente que nos ha querido invadir, y siempre hemos resistido”, dice.

Andrew, el sacerdote de la iglesia de Stoke, se muestra más conciliador. “Es verdad que Stoke se ha quedado atrás con el cierre de las fábricas. Pero no se puede echar la culpa simplemente a la producción más barata de Asia, también hay que tener en cuenta el impacto de la automatización. Ya no hacen falta tantos trabajadores”, razona. “Al final lo que la gente quiere son buenos trabajos para sus hijos, para que se puedan quedar en Stoke en vez de tener que mudarse a otros sitios”, explica. “En realidad, a Stoke el Brexit le importa muy poco”. Ginny Newman, la enfermera hija de un minero, coincide en esta valoración. “Por culpa de los recortes del Gobierno en estos últimos años han cerrado tres hospitales de la zona, lo que pone muchísima presión sobre el hospital principal de la ciudad” dice. “Esto es lo que realmente le importa a la gente: el servicio nacional de salud, la calidad de los trabajos...”

“Desgraciadamente, la mayoría de la personas decidieron creer que nuestros problemas vienen de la UE y de la inmigración, cuando en realidad la culpa es de la negligencia de nuestro propio gobierno”, concluye la enfermera. —

JULIA TENA es periodista.

AGENDA JUNIO



EXPOSICIÓN BJORK EN REALIDAD VIRTUAL

El CCCB de Barcelona organiza la exposición “Björk digital”, sobre la artista islandesa.

EXPOSICIÓN FRANCIS BACON Y LUCIAN FREUD

El Museo Picasso de Málaga, en colaboración con Tate London, muestra obras de la Escuela de Londres hasta el 17 de septiembre.



EXPOSICIÓN BIBLIOTECAS INSÓLITAS

La Casa Encendida de Madrid presenta una exposición sobre bibliotecas, desde la de Alejandría hasta la de Montaigne. Del 16 de junio al 17 de septiembre.



CONCIERTO PSICODELIA EN MADRID

Los australianos King Gizzard & The Lizard Wizard visitan Madrid el 8 de junio en el festival Sound Isidro.



CINE

Los dos Dumonts

D

VICENTE
MOLINA FOIX

entro de su riqueza, el cine francés actual cuenta con el lujo de tener dos directores del mismo nombre. Primero surgió Bruno Dumont el oscuro, el elíptico, que trabajaba ya entonces, sin embargo, con materiales de clara raíz demótica: la provincia, el campesinado, la voracidad de los apetitos. En su segundo largometraje, *L'Humanité* (1999), que le puso en el mapa del prestigio tras obtener dos premios en Cannes, el deseo se manifiesta con algo de dolencia y bastante urgencia, coincidiendo más de una vez la una con la otra: el protagonista Pharaon, superintendente de la policía en un medio rural, se apiada tanto de los detenidos que les besa, queriendo transmitir no deseo sino conmiseración. Y la vecina de Pharaon, Domino, copula de forma mecánica con su frenético novio Joseph, en un sacrificio que parece dispuesta a realizar con los hombres necesitados de su entorno. Todo ello en el contexto de violencia brusca que caracteriza el cine de Dumont. En otro de sus grandes títulos, *Flandres*, quizá el más famoso al haber ganado el Gran Premio del Jurado en Cannes 2007, hay una joven del pueblo que elige a los hombres sin recato, como al azar, y cuando todos los de su edad son movilizados para combatir en una guerra abstracta, de paisaje africano y escenas de batalla cruentas, los añora y enferma, de un mal venéreo o una pérdida de la razón. La exacerbada carnalidad de sus películas se ensarta en la locura, de un modo singular en la que para mí es hasta hoy su obra maestra, *Camille Claudel 1915* (2014), con una Juliette Binoche en estado de

gracia demente interpretando a la escultora dañada por su obsesión con Rodin, que la amó y se aprovechó de ella, rodeada la actriz en la filmación de pacientes reales de los manicomios, que Dumont, con autorización médica, incorporó a su reparto de alienadas.

La alta sociedad (*Ma Loute*, que es el raro nombre del protagonista barquero), nos confirma, tras su anterior *El pequeño Quinquin* (*P'tit Quinquin*, estrenada en cines en formato reducido de la miniserie del mismo nombre, muy popular en Francia), la personalidad del segundo Dumont, el chocarreo, el caricaturista de trazo grueso, que hace de sus actores monigotes de cómic insuflados por la bufonería del vodevil picante. Hay que señalar como rasgo distintivo que las dos almas dumontianas se funden en el intenso color local de su región de nacimiento, el Nord-Pas-de-Calais, una especie de territorio claustral, nada mítico, en el que trascurren sus peripecias, las verosímiles y las que brotan del puro disparate. Ahora bien, Dumont siempre es, más allá de su paisanaje, gran artista, con un don plástico a veces estilizado y otras seco, tajante, y un uso muy elocuente del cinemascope, que utiliza como un vasto lienzo que se va llenando de pequeños cuadros, o como página en blanco por la que irrumpen, sin prelación narrativa ni lógica plástica, las acciones, los rostros, las figuras.

Es curiosa la afinidad de Dumont con la policía, prominente también en las tramas de la citada serie televisiva y muy protagonista en el filme coral y desmadrado que es *La alta sociedad*. Situada la acción en una zona costera atlántica, pocos años antes de la Gran Guerra, el inspector Machin, hombretón hinchado que al andar hace ruidos de goma, llega a ese escenario con su escuchimizado ayudante Malfoy para investigar unas misteriosas desapariciones ocurridas en torno al estuario de un río donde los burgueses se hacen transportar de una a otra orilla por los lugareños, ocupados en la pesca, el cultivo de ostras y algún otro hábito alimenticio



que mejor es no contar. La mansión más grandiosa de la zona, de estilo neogipcio, y la familia más poderosa, los Van Peteghem, tienen perfiles oníricos deformados por lo histriónico, vena en la que destacan los mayores del clan, Juliette Binoche, Fabrice Luchini y Valeria Bruni Tedeschi, tres grandes comediantes a los que Dumont encomienda la sobreactuación, a veces casi insoportablemente gamberra, de la historia.

Frente a esa familia refinada de los Van Peteghem, cuyo miembro más oblicuo es la joven que oscila entre lo masculino y lo femenino, están los Bruforts, ásperos y desaliñados pero igual de feroces que los aristócratas. La primera mitad del relato, con



la presentación de una galería de personajes a cual más manierista, es la mejor, como si, una vez que hubiera cumplido con el deber de su *dramatis personae*, la comicidad se le fuera de las manos, queriendo Dumont demostrarnos su ligereza aerostática y burlesca, con guiños a los hermanos Lumière, al mundo astral de Méliès, a las payasadas sublimes de Chaplin y el mejor *slapstick* americano. Una fábrica del artista grotesco en la que el cineasta quizá afila sus armas más punzantes antes de volver, quién sabe, en su nueva película, ya acabada, al espíritu grave y concienzudo. —

VICENTE MOLINA FOIX es escritor. En 2016 publicó *Enemigos de lo real* (Galaxia Gutenberg).

POLÍTICA

El libro perdido de Sartori



ALBERTO PENADÉS

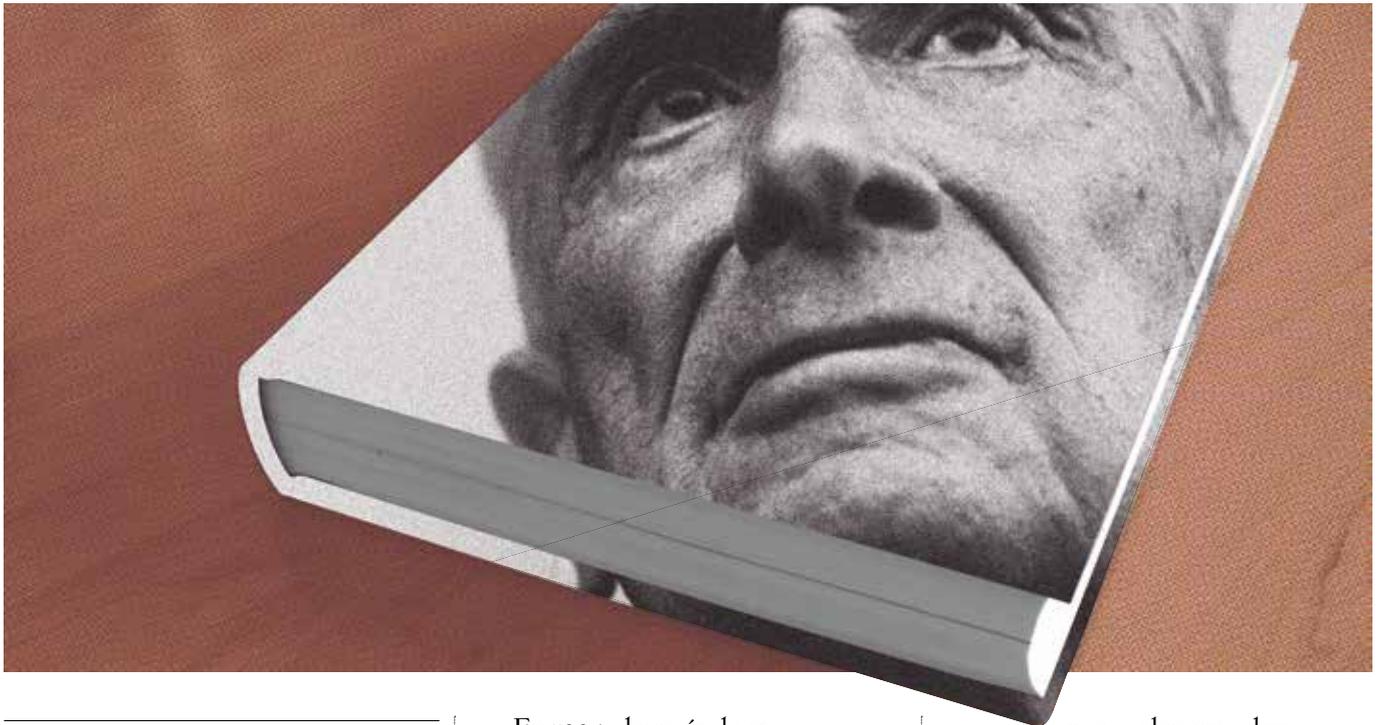
En 1976 Giovanni Sartori (1924-2017) publica en inglés *Partidos y sistemas de partidos*, *Volumen I*, su libro más recordado. Poco después, alguien roba el coche en el que se encontraba el manuscrito del segundo volumen y la mayoría de las notas, fichas y borradores, que desaparecen para siempre. Concibe el plan de reescribirlo; después, el plan de resumir los dos volúmenes en uno solo; por último, lo abandona. Estaba bloqueado. Tampoco lo traduce al italiano: traducirse a sí mismo es superior a sus fuerzas, dice, y propone un nuevo texto que consiste en aplicar sus ideas al caso de Italia. Entretanto, aquel primer volumen se agotó en inglés y sobrevivió solo en español. Una vida autónoma y saludable, pues se hicieron al menos una docena de ediciones en los siguientes treinta años. La mía todavía decía *Volumen I*, cosa que omiten las más recientes. Sartori educó a miles de aspirantes a la ciencia política en lengua española, para bien o para mal. Hasta 2005 no se volvió a publicar en inglés, como un clásico recuperado, año en el que sus admiradores también rescataron un manuscrito de 1967 que prefiguraba el volumen perdido. Año en que también aparece en chino.

Su texto más memorable, en opinión de muchos, había sido “Concept Misformation in Comparative Politics” (La malformación de conceptos en la política comparada), un artículo de 1970. Se trata de un en-

sayo profundo sobre el lenguaje de la ciencia política: el estudio comparado necesita, antes que nada, palabras. Y lo que Sartori encontraba era estiramiento conceptual y ocultamiento del problema bajo truculentas mediciones cuantitativas. Aquella fue una época en la que su capacidad lógica y su pericia analítica encontraron mucho terreno sobre el que trabajar ante una ciencia social más bien vacilante. Un año antes había escrito un artículo importante advirtiendo de la pobreza intelectual del reduccionismo sociológico en la política; otro año atrás, una exposición sistemática del concepto de ideología en cuanto distinto de un sistema de creencias. Todos muy bien escritos.

Pertenecía a la generación de los impulsores de la teoría empírica de la democracia y compartía mucho con ellos. Entre 1921 y 1926 nacieron el noruego Stein Rokkan, el estadounidense Seymour Martin Lipset, el español Juan Linz y Giovanni Sartori. Escribía, como ellos, en inglés, tenía su comunidad académica de referencia en Estados Unidos, era ideológicamente moderado y le interesaba, como a ellos, el logro de la democracia antes que el logro de cualquier alternativa. En su caso, era expresamente anticomunista. Pero fue el menos empírico de todos.

Sus discusiones conceptuales eran brillantes y sus soluciones taxonómicas continúan viviendo en los manuales. Pero le costó avanzar sobre sus prolegómenos. Fue coherente con su propuesta de investigar la política empleando tipologías, pero también fue víctima de ella. Aunque muchas de sus objeciones a la cuantificación de conceptos tenían sentido, remaba contra la corriente. En los años siguientes a *Partidos y sistemas de partidos* escribió sobre Italia más que sobre política comparada; y sobre teoría y métodos más que sobre casos. Posiblemente, no era esto lo que habría querido o planeado. Pero su “marco de análisis” (así se titulaba el libro) no dio frutos empíricos mayores. La hipótesis más



Sus discusiones conceptuales eran brillantes y sus soluciones taxonómicas viven en los manuales. Pero le costó avanzar sobre sus prolegómenos. Coherente con su propuesta de investigar la política con tipologías, fue también víctima de ella.

importante, que los sistemas de partidos pluralistas polarizados conducen al adelgazamiento del centro y al colapso político (salvo cuando “fuerzas invisibles” operadas por las élites, que no temen a la circularidad, lo impiden) es poco fecunda. Tampoco consiguió ofrecer una visión genética de ese tipo de sistema de partidos. En opinión que hoy es central en ciencia política, esa tipología es más bien una forma intuitiva de resumir varios indicadores a la vez, que son comunes en el repertorio léxico del politólogo, tan cargante para el lego, como fragmentación, polarización, volatilidad y semejantes, y que se pueden cuantificar.

En 1994, después de casi veinte años, Sartori publicó en inglés *Ingeniería constitucional comparada*, una obra que, en su primera parte –lo sabemos por el manuscrito del 67– discute algunos asuntos del volumen perdido, pues se acerca al origen de los sistemas de partidos. Aunque muchas páginas se leen con interés, es un libro decepcionante y que nace anticuado. Algunos años antes habían aparecido obras sistemáticas –razonablemente matematizadas– sobre los sistemas electorales y sus consecuencias, y que comenzaban a responder a las preguntas que se hacía: cómo inciden las instituciones y las divisiones sociales en los partidos que observamos. Sartori emplea su ingenio para vaciar de sentido las medidas numéricas que usan sus rivales, pero no lo consigue. Patalea: “nos hemos convertido en una profesión adicta a los ordenadores”. El libro es más citado por sus polémicas e ingeniosas propuestas de diseño institucional, como el “presidencialismo alterno”. Una propuesta que habría dado a Mariano Rajoy los poderes de Enrique Peña Nieto tras negarse el parlamento a investirlo como jefe de gobierno: “cuando el motor parlamentario falla, se arranca el motor presidencial”. Son propuestas

que suelen escucharse con respeto y después se olvidan.

Los últimos años escribió algunos libros populares, en los que discutía sobre teledemocracia o sobre multiculturalismo. Se convirtió en un intelectual público, cosa que no fueron sus coetáneos en otros países, y cargó con todas sus maldiciones.

Fue un polemista cortante y mordaz. Cuando dejó la universidad italiana por la estadounidense lo hizo hartado de la “asnocracia” que la gobernaba –un sistema clientelar de ocupación de posiciones académicas que no es precisamente exclusivo de Italia–, a lo que sumaba el activismo “demagógico” de los estudiantes. Se burló de las desencaminadas reformas institucionales italianas creando mote para las leyes aprobadas, que hoy son su nombre común (Matarellum, Porcellum...). De Berlusconi lo menos malo que dijo fue que era analfabeto (él le correspondió con un “rompepelotas”), de Renzi lamentaba no poder decir nada mejor, y estuvo hostigando a Grillo hasta casi el último momento. –

ALBERTO PENADÉS (Tomelloso, 1966) es profesor de sociología en la Universidad de Salamanca. Es coautor junto a José Manuel Pavia de *La reforma perfecta* (Libros de la Catarata, 2016).

LITERATURA

Unos mundos infelices



RODRIGO
FRESÁN

Fui yo el único quien, al día siguiente de la ascensión de Donald, no pudo evitar relacionar esas masas de feministas y airados *pussy bats*

con las sometidas cofias de las esclavas doméstico-procreadoras de *El cuento de la criada* de Margaret Atwood? Está claro que no. Muchos lo vieron y establecieron similitudes entre aquel futuro y nuestro presente, entre esta utopía una vez más fracasada y aquella distopía como siempre exitosa. Y es que para eso sirve la novela de Atwood (actual bestseller en Amazon y alrededores y vuelta a poner en circulación entre nosotros por Salamandra; flamante miniserie con Elisabeth “Peggy de *Mad Men*” Moss en el protagonista, ya habiendo mutado a película y ópera y programa de radio y ballet y obra de teatro y unipersonal y cómic), así como la especie a la que pertenece. A saber: para advertir acerca del ahora con modales futurísticos por más que a la escritora canadiense la etiqueta *sci-fi* la ponga de los nervios porque “no me van los marcianos” y prefiera la de “ficción especulativa”. De igual manera, a Atwood le inquieta un tanto que su novela haya sido tan velozmente abducida por el feminismo apresurado.

En cualquier caso —más allá de las puntualizaciones genéricas de la autora y de la irritación de los amantes del género y de género— lo importante es la vigorosa por todas las razones reales incorrectas de la nueva

vida de una novela considerada ya clásico moderno (y al día de hoy con frecuencia prohibida y perseguida en escuelas secundarias y bibliotecas de los Estados Unidos). *El cuento de la criada*, sí, como hermana menor de las profecías para Occidente cada vez más vigentes y de nuevo multiventas de George Orwell y Aldous Huxley, a cuyo dúo se ha sumado Sinclair Lewis con *Eso no puede pasar aquí* (y mención especial para el *Fabrenbeit 451* de Ray Bradbury). Ya saben: sociedad que lee cada vez menos y está hipervigilada con tirano déspota-campechano-seducor-autoritario y cada vez

Algunos llegan a postular que el auge de estas fantasías está intrínsecamente ligado al fracaso de la no ficción en tiempos donde todo lo que se supone que no debe suceder acaba sucediendo. Para ellos, Oz no es suficiente y Narnia no alcanza.

más polarizada en clase acomodada y clase muy pero que muy incómoda.

¿Por qué de nuevo *El cuento de la criada* con sus juegos de castas, con sus oprimidas mujeres “legítimas” e “ilegítimas” consideradas casi ganado reproductor, con el poder rigiendo las idas y vueltas de la puritana república de Gilead, donde alguna vez estuvo New England? ¿Por qué la proliferación de tuits demandando cosas como “¡*El cuento de la criada* no es un manual de instrucciones!”? Hay algo de exagerado en pensar en Trump como la avanzada de un régimen totalitario que pondrá a todas las mujeres de rodillas. Pero, de nuevo, para exactamente eso sirven estos libros posapocalípticos más allá de su variable calidad literaria: alertar sobre el es-

tado del inconsciente colectivo siempre tan fácil de ser interpretado.

Así, Trump es ahora el idóneo e incorrecto portero que sepa abrir la puerta para salir a jugar juegos del hambre, correr en laberintos, contar hasta el número cuatro, resistirte a ser un adicto a la cirugía plástica o sentirte divergente enfrentándote siempre a adultos con raros peinados nuevos y vestimentas absurdas. Un futuro en el que los papis siempre tienen la culpa de todo lo que salió mal en el pasado que no es otra cosa que este presente. Así, jóvenes cada vez más interesados en hallar —en un mañana catastrófico pero en el que pueden ser activos rebeldes— una opción/solución para este hoy. Un ahorita en el que lo único que les queda es la jerga y eslóganes más bien añejos de Podemos & Co., conscientes de que Latinoamérica ya no es El Dorado ideológico de los sesenta/setenta para románticos europeos y el Viejo Mundo ya ha dejado de ser la Quimera del Oro al que emigrar a finales del pasado milenio.

Y si Orwell y Huxley y Atwood (así como las actuales profecías de escritores “serios” como David Foster Wallace o Claire Vaye Watkins o Cormac McCarthy o Lionel Shriver o Jim Crace o David Mitchell o Rick Moody o Laura van den Berg o, en nuestro idioma, Edmundo Paz-Soldán y Ray Loriga) funcionan como evidencia de lo mal que se han hecho muchas cosas para varias generaciones ya de salida. Y de ahí también que las más nuevas y más *light* variaciones para consumo de Young Adults sean la distracción perfecta para aquellos mal educados en contacto con —terminología que suena tanto a las pesadillas paranoides de Philip K. Dick— la “posverdad” y el “hecho alternativo”. Sí: todo tiempo futuro será peor pero —como cantaba Bowie— podremos ser héroes al menos por un día.

Algunos llegan a postular que el auge de estas fantasías está intrínsecamente ligado al fracaso de la no ficción en tiempos donde todo lo que se supone que no debe suceder acaba suce-

diendo y ahí está desde la “sorpresa” del Brexit y el referéndum colombiano hasta el 6-1 del Barça al París Saint-Germain. Para ellos, Oz no es suficiente y Narnia no alcanza porque padecen un defecto insalvable: ahí siguen, sí, pero ya pasaron y están y estarán para siempre en el pasado. Un ayer en el que crecer era el destino y la recompensa y los padres biológicos o políticos no existían solo para ser derrocados.

Para quienes ya dejaron atrás las pasiones de una adolescencia que ahora se prolonga hasta mediados de los veinte años, hay títulos más nobles como las recientes *El círculo* de Dave Eggers, *American war* del debutante Omar El Akkad o *Station Eleven* de Emily St. John Mandel o *The book of Joan* de Lidia Yuknavitch o *NK3* de Michael Tolkin o *Walkaway* de Cory Doctorow. Todas las anteriores son novelas de tonalidades grises, mientras que los grandes éxitos juveniles proporcionan la panacea/placebo de escenarios blanqui-negros con tonificada bondad y arrojo absolutos batiéndose en duelo contra una arrugada y especulativa maldad maquiavélica. No deja de ser una vía de escape instantáneamente gratificante y reaseguradora. Pero el asunto no es tan sencillo ni la partida está tan clara en ese tablero. Campo de batalla en el que a alguien como Donald Trump nada le impresiona menos que un desfile de mujeres airadas rodeando su nueva y blanca casa con la única arma de sombreritos tejidos con lana rosa: ese color que las feministas, en más de una ocasión, denunciaron como forma apenas subliminal de impositivo y segregante machismo cromático. Ya se sabe: tejer, ponérselo, ver cómo te queda frente a tu black mirror, tomarte y transmitir un selfi, y salir a hacer la reinvolución después de no haber salido a ejercer ese añejo y vintage derecho que es el voto.

Mientras tanto, en el nada ovárico pero muy distópico despacho oval... —

RODRIGO FRESÁN (Buenos Aires, 1963) es escritor. Este año publicó *La parte soñada* (Literatura Random House)

CRISTIAN
CAMPOS
entrevista a
**LAWRENCE
KRAUSS**



CIENCIA

“LA CIENCIA
HACE QUE
SURJAN NUEVAS
PREGUNTAS QUE NOS
LLEVAN MÁS LEJOS”



**CRISTIAN
CAMPOS**

Galileo hasta el Gran Colisionador de Hadrones de Ginebra para acabar en un punto si cabe más desazonador que aquel en el que finaliza su anterior libro, *Un universo de la nada*: estamos aquí por accidente.

¿No le asusta la posibilidad de que la confirmación de que no existe

en su nuevo libro, *La historia más grande jamás contada... basta ahora* (Pasado & Presente), el físico Lawrence Krauss (Nueva York, 1954) viaja desde

un sentido último para nuestra existencia, de que no existe un “significado”, pueda conducirnos hacia el nihilismo? Si ese es el caso, ¿por qué deberíamos preocuparnos por los demás o por nosotros mismos?

Al contrario. Nosotros mismos le damos sentido a nuestra propia existencia. La idea de que no hay razones para vivir si el universo no fue creado para nosotros es solipsismo extremo. Una vez que comprendemos que no existe un más allá, que no hay un propósito final, aumenta la urgencia de mejorar la vida de nuestros descendientes y de

disfrutar de la increíble oportunidad que nos conceden nuestras cortas vidas para explorar el universo.

Si el universo nació de la nada, como defendió usted en su libro *Un universo de la nada*, ¿de dónde salen las leyes físicas que obligan a que nazca un universo de la nada?

Es posible que surgieran a medida que surge el universo. En particular, es posible que exista un número infinito de leyes físicas posibles para universos diferentes. Eso equivale a decir que no existen leyes a priori, y que las que dominan nuestro universo son únicas para este único universo. Dicho esto, todo lo que podemos hacer cuando intentamos conocer el origen de nuestro universo es usar las leyes que conocemos o que son plausibles basándonos en lo que conocemos de él. Si podemos describir de forma plausible cómo surgió nuestro universo, eso ya es mucho. Llamar nada a lo que era la naturaleza antes de que nuestro universo existiera es solo una cuestión semántica.

¿Cree que podría darse una evolución intelectual que nos conduzca a dejar la ciencia atrás como esta dejó atrás la religión y la filosofía?

La filosofía intenta alejarnos de la ignorancia haciendo preguntas útiles. Pero es la ciencia la que contesta a esas preguntas y la que hace que surjan nuevas preguntas derivadas que nos llevan aún más lejos. Basándome en lo que yo puedo ver, toda la ciencia surge del análisis de ciertas evidencias empíricas a partir de la razón y la lógica. Y por eso no creo que la ciencia vaya a ser sustituida por nada. O al menos espero que eso no ocurra. Porque en el momento en el que dejemos de mirar hacia el universo para aprender cosas nuevas, la civilización humana dejará de progresar.

He leído algunas entrevistas en las que usted dice que tal o cual teoría "huele mal". Como físico, ¿cómo

distingue las teorías que "huelen mal" de las que "huelen bien"?

Como en otras áreas del conocimiento humano, tras estudiar física durante un largo periodo de tiempo acabas desarrollando una cierta intuición acerca de qué soluciones van a ser capaces de funcionar en relación a determinados problemas. Es difícil concretar en qué basas esas intuiciones o qué las guía, pero las soluciones con más probabilidades de ser descartadas son aquellas que parecen haber sido creadas *ad hoc* a partir de detalles inconexos o que incluyen ideas que parecen no encajar con la física de áreas conexas. Pero debemos estar alerta. La intuición es una guía razonable cuando careces de pistas, pero también puede demostrarse falsa. ¡Y cuando es falsa la física se pone todavía más interesante!

¿Alguna vez ha pensado en la posibilidad de que la verdad final sobre el universo sea incomprendible para la mente humana?

Es una posibilidad. Pero de momento no tenemos pruebas de la existencia de un muro intelectual como el que describes. Así que la única manera de saber si ese muro existe es seguir empujando.

¿Podría darse la paradoja de que el ser humano cree un tipo de vida más inteligente que él mismo, la inteligencia artificial, y que al mismo tiempo le considerara su dios? Un dios, en definitiva, más estúpido que sus propias criaturas.

Es posible que llegue el día en el que la inteligencia artificial supere a la humana. No creo que estemos cerca, en cualquier caso. No al menos durante las próximas décadas. También creo que una inteligencia artificial capaz de alcanzar conciencia de sí misma no nos consideraría como sus dioses, sino como sus padres. Y todos los hijos creen que sus padres son más tontos que ellos mismos. —

CRISTIAN CAMPOS es periodista.

LITERATURA

El agua grande



HUGO HIRIART

l agua grande fue escrita en el año 2000, cuando trabajaba en Nueva York. La fui redactando a partir de notas manuscritas que llevaba

de México. Por diferentes razones, al principio de mi estancia en Nueva York pasaba mucho tiempo solo. Los fines de semana nada más usaba la voz para pedir mi comida a los meseros. Soy razonablemente sociable y platicador y me consolé de mi involuntario voto de silencio dándole vueltas, sin prisa, a la novela. Leía en aquellos días con gusto un curioso volumen de Jules Laforgue que había encontrado en una librería de viejo. No tenía ansias y clásicamente podía leer un libro solo para redactar con puntualidad un párrafo, y era feliz. Un día, ya aclimatado en la enorme ciudad, advertí bruscamente que el libro estaba terminado.

Salió como salió, no planeé nada, no hice esquemas, me chocan, ni elaboré escaletas, también me chocan, nada más hice correr la pluma y la novela se fue armando al avanzar. Si todo está previsto minuciosamente, escribir cobra algo de cosa obligatoria, obediente, por tanto, y tediosa. Reconozco que el libro puede carecer de lo que se te ocurra, pero tiene, eso sí, una cualidad que apreciamos en los niños y los gatos: tiene ese valor que llamamos vivacidad.

“Viscosidad es una propiedad de los fluidos en movimiento. Si el fluido está quieto, no tiene sentido hablar de viscosidad, pero cuando el fluido se mueve, sus moléculas no



TECNOLOGÍA

Carpe diem con miedo

E

MARIANO GISTAIN

El carpe diem ha desaparecido. Es un tópico utópico. Hay que resucitarlo: por rebeldía, por hacer algo, por innovar el modelo de

negocio, para confundir y marear al yo que nos crea el algoritmo. (El yo que nos crea el algoritmo siempre sabe a poco, quizá porque se parece demasiado al original; una leve aproximación, en el libro de Eli Pariser *El filtro burbuja. Cómo la red decide lo que leemos y lo que pensamos*).

El carpe diem de Horacio, enunciado en su versión moderna como disfruta el presente, ha desaparecido por falta de presente. Por eso, mentar el carpe diem ya es hacer carpe diem. Indicios colaterales de la desaparición del carpe diem: Luciano Concheiro no lo nombra en su luminoso y veloz *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*; tampoco lo mencionan en sus respectivos tomos misceláneos James Gleick, *Viajar en el tiempo*, ni Simon Garfield, *Cronometrados. Cómo el mundo se obsesionó con el tiempo*.

El carpe diem ha desaparecido porque ya no hay presente: el presente es futuro, y siempre está urgido por el siguiente futuro que succiona o aspira. El futuro solo es dinero posible, High-Trade-Frequency, futuros y derivados. El cuerpo humano, que por algo ha llegado hasta aquí saliendo de un charco, presiente que alguien, o muchos, o una máquina, está apostando en asuntos que pue-

se desplazan uniformemente, sino en bloques, o placas, y, al fluir, unas placas chocan con otras y, para avanzar, el fluido tiene que cortarlas con esfuerzo. Newton estableció una medida de la viscosidad.” Esto me expuso mi padre, sabía también de esto, había sido profesor de hidráulica en la universidad.

En esta anotación manuscrita en una libreta está, de algún modo, toda *El agua grande*.

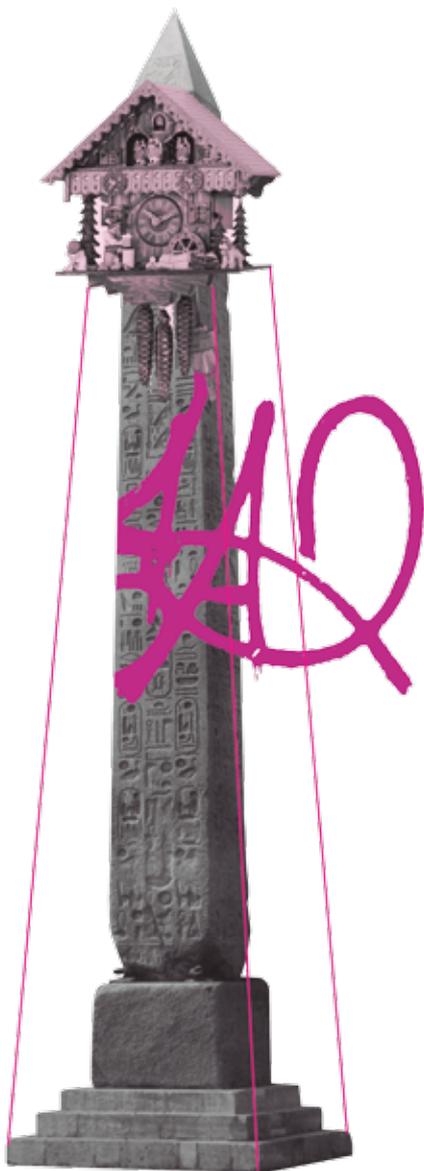
No recuerdo desde cuándo me había dado por cavilar en el transcurrir fluyendo. El río, claro, fácil de visualizar, de hecho es una de las imágenes básicas de nuestro repertorio de representaciones obligadas. La vida misma avanza fluyendo de la infancia hacia adelante, y sin embargo, es difícil de visualizar: ¿puede hallarse una imagen visual de este fluir de la existencia? Prueba. Hay algo ahí que se resiste. Más sencillo, suponía, sería examinar cómo fluye una narración, qué grado de viscosidad tiene, por ejemplo, dado que, después de todo, la narración

es espejo que habitualmente trata de reflejar el correr de la existencia. Este es *grosso modo* el tema de *El agua grande*, el transcurrir. En estas indagaciones me identifiqué a veces con el anónimo discípulo del sabio y tenaz Magistrodontos.

Kierkegaard con su habitual lucidez explica: con frecuencia se usa la metáfora del río para hablar de la vida, la vida corre como un río. Sí, pero hay que advertir una gran diferencia, y es esta: el río ahí está, puedes verlo, recorrerlo, pero la vida no está, no está en ninguna parte, la vida se va haciendo, es invisible, inaprehensible y desaparece flotando en las narraciones del recuerdo.

La novela da comienzo con estas palabras: “En el principio todo estaba confundido, esto es, no se distinguía nada. Y separó Dios la luz de las tinieblas. Detente, has llegado demasiado lejos.” —

HUGO HIRIART es filósofo y escritor. En 2010 publicó *El arte de perdurar* (Almadía).



den modificar o determinar “su” vida. Puede ocurrir que esa influencia sirva para mejorar (seamos optimistas en este párrafo): aun así, aunque el resultado de cierta apuesta ignota en futuros o derivados propicie una mejora, la intuición del cuerpo es certera: esa remota apuesta ya devoró el presente.

El futuro del que manda es tan largo como su poder. El futuro del que obedece es corto, apenas alcanza al instante siguiente, y consiste en esperar: órdenes, premio, castigo, sueldo, despido, apremio, embargo... El futuro del que debe todo —en última instancia, la vida, su futu-

ro— es tan impensable, tan imposible, que casi hasta podría tener presente. (El pasado del que debe, con el frame neoliberal que abrazamos o nos abraza, es todo culpa/deuda, cadena de errores; así que mejor dejarlo).

El que manda (el famoso 1%, en el que me incluyo por empatizar, a efectos epistemológicos) se ha de conformar con manejar el futuro de los demás, lujo low cost que apenas se valora, quizá porque los demás son tantos, intercambiables, indistinguibles, mero big data, metadatos. El que manda podría tener el consuelo de disponer del presente de los demás y ejercer una suerte de carpe diem vicario, colonial. Pero este usufructo, aunque siendo barato, o gratis, no es el suyo. Es lo propio del carpe diem, que no se puede subarrendar o sacar a Ebay: esta característica ha sido su perdición.

El dinero, el poder (que se sepa no hay nada más) son muy valiosos y no se pueden despilfarrar entregándose al carpe diem. Si te quedas en el presente, aunque sea ese instante tangencial que propone Concheiro en *Contra el tiempo*, puedes perder una fortuna: el hombre más rico del mundo puede caer al abismo del segundo puesto si se despista un momento. Podría saltar de Forbes a Forges por frivolear con el instante.

El poder y el dinero están muy amenazados. Son futuro, chupan de él y no pueden convivir con el carpe diem que los niega. La ansiedad de ese 1% es inimaginable para el resto. Pobre 1% entre las olas solo.

Podría disfrutar de aquel presente la clase media, pero casualmente ha desaparecido también. A lo mejor el declinar del carpe diem guarda relación con esa extinción. ¿Puede hacer *carpediemismo* un emprendedor? El carpe diem es el mayor peligro para la humanidad porque cuestiona el valor económico de esta milésima. En el monólogo *Tiempo* que Jorge Sanz representa por la España vacía, el actor, al que en la función le quedan unos minutos de vi-

da, hace un corte de mangas al flash del radar. Quizá es la mayor afrenta al sistema. El último carpe diem.

Lo único que puede restaurar el carpe diem es el miedo. El miedo puede resucitar cualquier cosa. Es barato, casi gratis (la inversión para infundir miedo ya se hizo y está amortizada, como dictaminó Naomi Klein en *La doctrina del shock*). Incluso hay un gran excedente de miedo que no sabe dónde posarse. Hay gente que ya no admite más miedo. Entonces, la función biológica de dar la alarma se anula cuando el miedo se vuelve rutina. Al revés, el aterrizado permanente se embota, se paraliza y se queda en un estupor zombi o purgatorial, lo que explica la vigencia de Rulfo como diagnóstico —TAC— de esta temporadita atroz en la que es obligado reconocer que todo va siempre mejor (negar el miedo). Para entender muchos miedos hay que atravesar *Contra el odio*, de Carolyn Emcke.

La propuesta consiste en utilizar ese excedente de miedo como combustible para resucitar el carpe diem. Ese miedo, inyectado a presión, como un chute o latigazo metafísico, puede propiciar una suerte de carpe diem perpetuo, el instante frenético, el tembleque que, por lo menos, se expresa, se manifiesta y vive.

Tenemos así un carpe diem inverso —¡sufre el presente!— alimentado indefinidamente por miedo. Esta simbiosis insólita permite paquetizar el miedo por momentos, medirlo y ¡venderlo! El sistema necesita nuevos mercados. Más etéreo era el mercado de emisiones de CO₂ y ahí está, o estuvo. El pack carpe diem + miedo puede crear un mercado del miedo que permita objetivar y comercializar los derechos del miedo en cada momento. Es lo suficientemente confuso para convertirse en un producto financiero. Mil millones de personas, contando por lo bajo, pueden hacerse millonarias. —

MARIANO GISTAÍN (Barbastro, 1958) es escritor y columnista. Lleva la página web gistaín.net